

poseen el dogo y el pavo real: de gigantes que cuando están ciegos de vejez, van a oír rugir el mar, para aprender sonidos y hacer idiomas.

.....

Las siguientes estrofas son evocaciones de interesantes hechos históricos; ve el poeta despedirse las naves para los continentes, para las tierras donde el sol se acuesta entre palmeras, donde hay resinas, esencias, bálsamos, corales, y perlas, estas últimas dice, «en conchas de valvas rosadas, como hostias intactas entre labios que comulgan».

Y va

Cristóbal Colón con una cruz y una espada bien leal; y Marco Polo con un tratado cosmográfico de Cosmos en la mano; y Vasco de Gama con un astrolabio en el mástil; y Hernando de Magallanes con una hacha al cinto; y la May Flower con la carta del rey Juan; y Dumont d'Urville con un planisferio y una áncora; y Tasman con una brújula; y Stanley con el lápiz del New York Herald y su casco de corcho; y Livingstone con su biblia y su esposa, David Livingstone, el padre del Nilo.

Al conjuro solemne del poeta, reviven desde Franklin, Nansen, Kane, en camino hacia el Polo, y Darwin, Pasteur, Emerson, Laplace, Hugo, Wagner, hasta Garibaldi, San Martín, Lincoln, y casi todos aquellos para quienes el jardín de la historia conserva una flor inmortal que perfume su recuerdo.

Y cuando todas las torres han caído, sobre la torre de Oro aparecen las virtudes seráficas; el Amor, vestido con todas las piedras preciosas del mundo. La Esperanza, cubierta con todas las flores de los climas. Y más alta, más alta, sobre todas las oraciones, sobre todas las liras, vestida con el fulgor de todos los soles, saludada por el fervor de todas las alabanzas, como un corazón de oro fundiéndose en llamas, más alta, más alta la Rosa resplandeciente: la Fe, en una formidable desesperanzamiento de astros.

En «Las Montañas del Oro» hemos admirado al cantor de la naturaleza, al que por primera vez en nuestro continente se ha atrevido a explorar ocultas selvas del venerable bosque de la lírica española.

En «Los Crepúsculos del Jardín» aparece el enamorado que canta sus amores, con la fogosidad tirana de la juventud; son amores impetuosos como los de «La Mar» de su libro anterior.

Sostenido por las alas de su fuerza de erudición, lleva sus concepciones hasta lo admirable; por ejemplo, oigámoslo en «El Buque»:

Suena la hora; en traje de oro va la tarde a la ribera,
Sobre el brillo de las aguas una barca va a zarpar—
El oleaje brilla mucho, toda el agua rebervera...
Se habrá hundido algún tesoro sobre el vértigo del mar?
—No, que el mar en estos días no tragó ningún tesoro,
Dice el pálido remero que en la barca va a zarpar;
Es la tarde que a las olas arrojó puñados de oro.
Acaso ignoráis, señora, lo avariento que es el mar?

Antes de pasar a la segunda estrofa desearía recordar la fantasía de Wagner sobre el «Buque Fantasma», que está basada en una leyenda del Norte, la cual se refiere a un buque, sombra de todos los que han sido sepultados en el fondo tranquilo de las aguas, y que sólo se ve aparecer en el mes de los muertos, sin que se conozca qué marinos lo tripulan. Sigamos:

Suena la hora: en traje rojo va la tarde a la bahía,
sobre el brillo de las aguas orza un lúgubre bajel,
El oleaje está sangrando de irritada pedrería
Como un río de rubíes, y el bajel se va con él.
Bajo el palio de los pinos alguien canta un himno ex-
[traño...

Veis, señora? en apariencia nadie guía ese bajel,
Pero todos aseguran que en noviembre de cada año,
De aquí parte, sin que sepan que marinos van en él.
Suena la hora: en traje blanco va la tarde a la atalaya,
Sobre el brillo de las aguas boga un lento bergantín.
El oleaje tiene espumas, y en el sueño de la playa
Cada ola, tristemente, deshojando va un jazmín.
Tras los pinos familiares algo pálido agoniza...
Hacia costas encantadas se apresura el bergantín.
Ah, señora, ese suspiro de la mar que el viento riza,
Ha empapado con su angustia vuestras manos de jaz-
[mín!

.....

Musset, en una de sus baladas dice que la luna, al pasar sobre la torre, es como el punto sobre la i. Lugones, hablando de una joven dice que «tiene por distintivo un menudo lunar junto a su cuello».

Bagatela jovial, sólo en la liza
de algún fútil amor sufrió quebranto,
y ese lunar que la individualiza